

bregos. Nadie sabe ya de ellos. En su peregrinación dolorosa, han acabado por perderse en la obscuridad y en lo innominado. Inhábiles para resolver los triviales y complicados problemas del alojamiento, la comida y el vestido, sólo Dios sabe si habrán muerto ya, ó habrán hallado abrigo en algún asilo de caridad, ó si andarán de puerta en puerta cosechando harapos y mendrugos.



## EL PRO Y EL CONTRA

A ANTONIO ZARAGOZA.



## PROLOGO

La buena sociedad de Guadalajara recuerda todavía, cuando hay motivo para ello, el extraño término que tuvieron los amores de Teodoro Guzmán con la hermosísima Ester Linares. Que se amaron profundamente los dos jóvenes, nadie lo ha puesto en duda; que la familia de Teodoro aprobaba con entusiasmo aquella unión, se caía de su peso; y que todo estaba listo y arreglado para la boda cuando sobrevino el rompimiento, ó más bien, la escapatoria de Teodoro, fué cosa que vieron todos los ojos.

¿Por qué, pues, aquellas almas tan ligadas por el amor volaron lejos la una de la otra? ¿Por qué aquellos destinos gemelos se separaron? ¿Por qué aquel par

de amorosas palomas que cruzaban unidas el espacio, tendieron las alas hacia horizontes diferentes?

Preguntas son éstas que hizo á coro la sociedad guadalajareña, á raíz de los sucesos, y que nunca tuvieron respuesta. Cuando el escándalo era reciente, aunque nadie acertaba á explicar el caso, no hubo quien no reprobese la conducta de Teodoro; tanto más cuanto que las circunstancias en que Ester se encontraba, hubieran debido hacerla acreedora á una consideración y á una piedad muy especiales, pues acababa de perder á su padre y estaba sola en el mundo. La interpretación más común que por aquel entonces se dió á la huida de Teodoro, fué que este apuesto joven había tomado ojeriza á la pobreza de su prometida y aspiraba á realizar un matrimonio de conveniencia. Y como nadie salió entonces á la palestra para defenderle, y hasta sus mismos parientes guardaron sobre el particular estudiado silencio, el anatema público fortificado por tantos indicios, adquirió los tamaños y la importancia de una sentencia irrevocable. Yo pensé lo mismo que todos mis contemporáneos sobre el particular, en aquella ocasión, y aun recuerdo que á pesar de haber querido tanto á Teodoro, que era mi amigo de infancia, prorrumpí contra él en severas y amarguísimas censu-

ras. Mi exaltación llegó á su colmo cuando, con motivo de un viaje que hice á Zamora, cuna de Ester, entré en comunicación con su prima Ignacia, y ésta puso en mis manos las cartas que aquella niña adorable le había escrito sobre los hechos que forman este relato. Esa correspondencia era tan hermosa é ingenua, revelaba un cariño tan grande y puro de Ester para Teodoro, y terminaba con acentos tan doloridos, que me conmovió profundamente y arrojó nuevo combustible en la hoguera de mi indignación.

Nunca hubieran vacilado mis juicios sobre el asunto, á no haber sido por una circunstancia inesperada, que aconteció algunos años más tarde, cuando ya la historia aludida había dejado de ser de interés palpitante para la mayoría de sus testigos. Y fué que, al marcharse Teodoro para Europa, me remitió el íntimo libro de sus memorias acompañado de una carta suplicatoria en que me explicaba el motivo del envío. Decía así la carta:

“Querido é inolvidable amigo:

“A raíz de mi salida de Guadalajara, supe que, en medio de la reprobación general que provocó mi conducta, te hiciste notable por tu lenguaje violento, y que no sólo hacías públicos tus juicios, sino que manifestabas vivos deseos de que llegasen á mi conocimiento. Me fué muy doloroso

saber que tus sentimientos de amistad hubiesen cambiado hasta ese punto; pero como sé que eres bueno, comprendí que tu irritación era hija de tu misma bondad; y, por extraño que te parezca, tu misma severidad de criterio me hizo estimarte más y sentir más hondamente haberme enajenado tu estimación.

“He vacilado mucho antes de hacerte mis confidencias, porque implicarán la revelación de secretos de mi casa y familia, que hubiera querido permaneciesen ignorados; pero como no hay otro medio para reconquistar tu amistad, que el decirte la verdad toda entera, te mando ese libro que he conservado tantos años, y en el cual, á medida que se desarrollaron los tristes sucesos que me obligaron á salir de nuestra ciudad, fui consignando las impresiones alegres ó angustiosas que cayeron sobre mi corazón en aquellas circunstancias. Pasa los ojos por esas notas, y escríbeme después lo que quieras, sin preocuparte por el efecto que puedan producirme tus palabras. Aunque mi anhelo más íntimo es el de rehabilitarme á tus ojos y recobrar tu afecto, solamente podría satisfacerme la verdad de tus sentimientos cariñosos, y no la fría y estudiada expresión de tu urbanidad.

“Sangra todavía mi corazón cuando evoco los recuerdos de ese período de mi

vida, y la imagen de Ester, envuelta en los nublitos del dolor y de la desesperación, permanece grabada en el fondo de mi pecho; pero siento limpia y desahogada la conciencia, y en medio de mi soledad y de la amargura de una existencia frustrada, veo esa acción mía como un acto que me enaltece á mis propios ojos.

“Puedo haberme equivocado; pero, en todo caso, tiene la culpa de ello mi destino, y mis intenciones han sido puras. Compréndelo, y si no apruebas mi conducta, compadéceme al menos, porque ese error ó esa debilidad en que caí, me impidieron ser el más feliz de los hombres.

“Recibe, entretanto, la renovada expresión del inextinguible afecto con que me repito tu viejo y sincero amigo,

“TEODORO.”

La lectura del manuscrito me impuso de mil peripecias desconocidas, y aclaró muchos incidentes cuya falta de explicación me había sorprendido. Confieso que al pasar los ojos por las primeras páginas del cuaderno, aguardaba no hallar en él más que frases huecas y románticas, sirviendo de antifaz á la veleidat y á la traición. Habiendo sido mi amigo un sentimental desde sus más tiernos años, me parecía verosímil que alguna impresión inesperada, alguna emoción nueva, le hubie-

sen apartado del camino del deber. Tengo la experiencia de que los sentimentales no son gente de fiar, porque suelen ser juguete de sus pasiones, y carecer de dominio sobre sí mismos. Pero á medida que me fuí imponiendo de aquellas notas, fué cambiando mi criterio de tal suerte, que llegué á ver lo hecho por Teodoro, como el resultado de una resolución generosa, y no de una ligereza punible ó de una odiosa doblez. Hallé cierta grandeza melancólica en el fondo de aquel drama del hogar; un hecho inesperado y congojoso se destacó del centro de la revelación; y me dolí de los juicios precipitados que había emitido contra mi amigo. Así fué que, sin resolver cosa alguna sobre el acierto de su conducta, le volví mi consideración y mi afecto, y le escribí cariñosamente, compadeciéndolo por su desventura. De este modo, nuestra amistad por tan largo tiempo interrumpida, volvió á florecer, y más honda y cariñosa que nunca.

Como la historia sale de lo vulgar, me ha parecido no indigna de los honores de la publicación. Voy, pues, á poner á los ojos de los lectores las dos fases de la cuestión, comenzando por las cartas de Ester, cuyo espíritu noble y cultivado en ellas se traduce. De las notas de Teodoro transcribiré sólo unas cuantas; las necesarias para esclarecer los sucesos. Así quedarán evitadas repeticiones inútiles.



## CAPITULO PRIMERO

### CARTAS DE ESTER A IGNACIA

#### I

No me canso de dar gracias á Dios por su infinita bondad, que á nadie desampara. Ya ves lo que ha hecho conmigo. Muerto mi padre, que era mi único apoyo, y perdido juntamente con él mi bienestar social (pues sabes que nunca hemos contado con más elementos de vida que los sueldos de mi padre,) me sentí sola en el mundo y condenada á la miseria. Echaba ya trazas para ganarme la vida con el trabajo de mis manos, y sólo vacilaba entre dar lecciones de piano ó de dibujo, pues, por fortuna, me perfeccioné bastante en estos dos ramos de educación, mientras fuí alumna del Liceo.

Casi me había resuelto por el dibujo, pues la falta de piano donde estudiar, me infundía temores de carecer de la habilidad necesaria para enseñar á mis discípulas; mientras que para practicar y perfeccionar el dibujo no se necesitan más que papel, un cortaplumas y un lápiz, útiles cuya adquisición no era superior á mis fuerzas. Como recordarás, había comenzado ya á solicitar lecciones entre nuestras amistades, resuelta á llevar á cabo mi programa.

Una carta inesperada del doctor don Javier Guzmán vino á cambiar de todo á todo el rumbo de mis propósitos. Este señor, que fué condiscípulo de mi padre, pretende que cuanto es ahora se lo debe á aquel su amigo, quien, durante su carrera, le dió alimentos, vestido, libros y cuanto hubo menester. Mi abuelo vino á menos por culpa de malos negocios; pero en las mocedades de mi padre, había bienestar en la familia, y no fué gravoso para ella tomar bajo su protección al joven Guzmán.

Todo eso me lo decía el doctor en su carta para fundar su pretensión de traerme á su casa como á una hija querida, y deseoso de pagar en mí, la deuda que tenía contraída con mi padre.

Después de mucho vacilar y de varias cartas cambiadas entre él y yo, me resol-

ví á aceptar el ofrecimiento, sumisa á los consejos del señor Obispo y de varios respetables amigos de mi padre. La única condición que puse al doctor al comunicarle mi aceptación, fué que habría de permitirme ser la institutriz de sus dos hijos pequeños (pues, aunque más que cincuenta, aún tiene familia menuda); y habiéndomelo otorgado, quedé satisfecha en lo posible, porque creí contar con algún título para habitar esta casa y recibir tantos favores como sus jefes me dispensan.

No te puedes figurar mi encogimiento cuando llegué aquí. Aunque conocía personalmente al doctor y á doña Tula su esposa, nunca los había tratado. Sólo una vez los había visto, cuando niña, en Zamora; así es que, á mi llegada á este refugio de mi orfandad, no sabía qué hacer de mí, estaba confusa y me sentía fuera de mi centro. Por fortuna el doctor y su esposa son de trato sencillo, propio para ampliar el ánimo é inspirar confianza; de suerte que poco á poco he ido entrando en posesión de mí misma, y ahora estoy aquí tan á gusto y á mis anchas, como si hubiera vivido siempre en esta casa.

La familia del doctor se compone de cinco hijos. La mayor, Marta, casada con un alemán, vive en Hamburgo. De ella siguen Teodoro, que es ya también doctor y anda ahora por Europa, y Gabriel,

comerciante, enfermizo y que vive con sus padres. Separados de sus hermanos mayores por un espacio de cerca de quince años, vienen al último Alejandro y Lupita, que son mis discípulos. Estos niños son muy dulces, no me molestan para nada, y me quieren muy bien. Yo también los quiero y me divierto grandemente en su compañía.

El doctor peca de franco, no es meloso y suele ser rudo; pero es sincero, veraz y noble de sentimientos. Aunque quiere mucho á todos sus hijos, se observa que tiene una gran predilección por Gabriel, sin duda á causa de su delicada salud. Imagínate un anciano alto, fornido, de cutis atezado por el sol, de largas cabellera y barba, anteojos azules, saco de tela de seda color de canela (es muy susceptible al calor), pantalón blanco de dril, zapatos claros y eterno paraguas bajo el brazo. Ese es el doctor.

La señora doña Tula es poco menos que el reverso del doctor en lo físico y en lo moral. Pequeña, delgada, tímida y sumamente cariñosa, habla lo menos posible, es muy indulgente y procura hacer bien á todo el mundo. Viste con modestia, pero anda muy aseada; sus trajes claros están siempre bien limpios, almidonados y planchados. Sus criados dicen que parece una paloma.

El día que llegué, fueron en coche á re-

cibirme á la estación del ferrocarril, los dos señores Guzmán. Cuando bajé del tren, me tendió los brazos el doctor y me estrechó con fuerza contra el pecho, sin decirme palabra; mientras doña Tula, aun antes de saludarme, se ponía á llorar diciéndome:

—No llore vd., hija mía, hay que ser valerosos.

La buena señora ha tenido para mí finezas de madre. Ha habido momentos en que, viéndome llorar, ha enjugado mis lágrimas con su mismo pañuelo. Por lo que hace al doctor, sólo por los ojos y por sus obras manifiesta la compasión que me tiene; nada por medio de discursos. Algunas veces le he sorprendido mirándome con expresión lastimera; pero tan luego como ha notado que le he visto, ha aparentado indiferencia y ha dirigido los ojos á otra parte. Las palabras más dulces que me ha dicho han sido éstas:

—Vamos, no hay que gimotear tanto. La cosa no tiene remedio; debemos ser racionales. ¡Qué demonio!

Su aparente rudeza me enternece, pues adivino que no es más que el antifaz pudoroso de su excelente corazón.

Por lo que te digo, verás que estoy todo lo contenta posible, dadas mi tristeza y mi tribulación. No me canso de dar gracias á Dios por haberme deparado éste

abrigo tan honrado y tan bueno. Bien dicen, que Dios aprieta pero no ahorca. ¿Qué haría yo sin el amparo de esta piadosísima familia á quien no ceso de bendecir? Lo que me alarma es el futuro; pues no puedo ni debo aceptar para siempre esta hospitalidad, y ser una carga perpétua para mis bienhechores.

## II

Mi vida continúa invariable: la paso dividida entre la enseñanza de Alejandro y Lupita, que son muy atentos y aprovechados, la iglesia y las faenas domésticas en que procuro ayudar á doña Tula.

La pobre señora tiene bastante quehacer con atender á su hijo Gabriel, que está muy delicado. No te hablé de él en mi carta anterior; ahora tengo que presentártelo.

Es un joven de veinte años, que no sería feo si tuviese salud; pero que en su estado actual, no inspira más que lástima. Es sumamente nervioso y padece unos accesos de asma que parten el corazón. Cuando le da el ahogúo, se oye su respiración angustiosa por toda la casa. Yo, por no oírle gemir, me voy al rincón más retirado, y me tapo los oídos con las manos. Los médicos dicen que su enferme-

dad puede no ser mortal; pero, como quiera que sea, es sumamente cruel y alarmante. Alto, demasiado alto, flaco, medio encorvado, lívido y con las sienas y los ojos hundidos, parece un espectro. Es también muy aseado, como su madre, y esto le hace aparecer más descolorido y exangüe. Cuando ríe, sus dientes nítidos y de un blanco mate, brillan entre sus labios pálidos como si fuesen de pulida porcelana. Sus manos delgadas y finas, que tienen uñas largas y muy cuidadas, son diáfanas en fuerza de su tenuidad y de su anemia. La pechera, los puños y los cuellos de su camisa, siempre tiesos y albeantes, armonizan á maravilla con su piel clara y marfilina.

Los ojos de Gabriel son lo mejor que hay en su rostro: negros, muy grandes y de largas y oscuras pestañas; pero tan negros y tan profundos, que dan miedo cuando miran con fijeza. Algunas ocasiones me ha sucedido al encontrarme con ellos, que me ocasionen una turbación extraña, y me den impulsos de ponerme fuera de su alcance. Varias veces también he considerado que si su rostro demacrado tuviese alguna lozanía, no dejaría de ser interesante; pues si ahora se ven tan marcadas sus mandíbulas, tan salientes sus órbitas y tan larga su nariz, es porque falta sobre la dureza de la clavera, el gra-



cioso empaste de la carne sana y rosácea, que suaviza líneas, corrige imperfecciones, y echa como un velo de gracia sobre la severidad de la osatura.

El período que atraviesa Gabriel, según los doctores, es crítico, porque andan cerca los veintiún años, que son siempre decisivos para las enfermedades adquiridas durante el crecimiento. Al llegar á la mayor edad, ó sanará ó morirá. Entretanto, apenas puede decirse que vive.

Para entretener su imaginación, le ha puesto el doctor al frente de un establecimiento mercantil, al cual consagra el enfermo una atención inteligente y tenaz. Pasa en el almacén todas sus horas hábiles, y aun á veces, sigue despachando la correspondencia en su misma casa, después de cerrado el comercio. Dicen que tiene ojo admirable para los negocios, y que ha ganado bastante en dos años escasos que lleva de comerciante. Me consta que es un pasmoso calculista: resuelve á la memoria problemas de aritmética muy complicados, y hace en un momento operaciones que cuestan á otros largo tiempo de trabajo y mucho escribir números.

Don Javier y doña Tula procuran rodear á su hijo de todos los cuidados y finezas que están á su alcance para hacerle olvidar cuanto es posible la triste situa-

ción en que se encuentra; pero él es muy melancólico, no cesa de decir que va á morirse, y habla de las cosas todas de la vida con una tristeza tal, que conmueve. Yo le tengo mucha lástima, y, aunque me pone nerviosa su estado y me da miedo su demacración, le acompaño frecuentemente, le leo los periódicos y aun suelo prestarle algunos pequeños servicios. Encuentro una satisfacción verdadera en ser útil á todos, y muy especialmente á los habitantes de esta casa, sobre la cual querría que lloviesen las bendiciones del cielo. Cuando me levanto á deshora, á consecuencia de la alarma que suelen ocasionar los frecuentes ataques de asma que sufre Gabriel, y acompaño á doña Tula en sus faenas, y le ayudo á preparar las medicinas, y comparto con ella hasta donde me es posible su angustia y sus congojas, me siento contenta de mí misma, y hallo un sabor mejor á la vida.

Hace tiempo me aflige la idea de mi inutilidad. Desde que murió mi padre, me veo tan sola en la tierra y tan desligada de cuanto me rodea, que me imagino andar sobrando en el mundo; de suerte que cuando puedo introducirme de algún modo en la vida ajena para aliviarla de congojas, me reconcilio con la propia, porque me forjo la ilusión de que tiene algún objeto.

Los domingos y fiestas, cuando hace buen tiempo y Gabriel está mejor, solemos pasar el día en el campo, en un terrenito encantador de don Javier, llamado Celaya no sé por qué, y que no dista más que tres leguas de la población. Aparte de la explotación de cereales, que es bastante productiva, tiene ese rincón del paraíso la de los árboles frutales, que es tan seductora. Varias fanegas de terreno negro y muy fértil tiene el doctor consagradas á ese giro. Por medio de bombas eleva hasta sus huertas el agua de un riachuelo que corre por una barranca próxima; la recoge en un vasto receptáculo de cal y canto que se eleva en medio de los árboles, y desde allí por zanjias abiertas en la tierra con las coas y las azadas de la comarca, fluye y corre el líquido cristalino por toda la plantación, arremolinándose en torno de los troncos cuyas raíces refresca y vivifica, y haciendo un ruido constante que parece un canto dulcísimo.

Don Javier, que adora la naturaleza, no se ha contentado con fundar y dirigir este negocio, sino que ha querido introducir algo de arte en el plan general de la explotación. Así es que ha distribuido los naranjales con simetría, formando líneas paralelas y dejando entre ellas espacio bastante para transitar. Las copas de los árboles se juntan á poca altura, formando

una bóveda móvil, y es una delicia pasar por aquellas frescas avenidas á la vista de las copas cargadas de frutos y al arrullo de las tórtolas escondidas entre las ramas. A todo eso se mezcla el perfume de los azahares, cuya blancura se destaca sobre el color verdinegro de la hojarasca, y el zumbar de los insectos que andan revolando en torno de los troncos.

De trecho en trecho se abre una plazuela donde se bifurca la zanja para bañar tallos de rosales que, en gruesas masas tupidas, se destacan en el centro, totalmente cubiertos de grandes, hermosas y balsámicas flores. Y dispersos por aquellos sitios, hay asientos rústicos, formados de ramas flexibles y que apenas parecen hechos por la mano del hombre.

Otra parte del terreno está consagrada al cultivo de melocotoneros, perales, manzanos y platanares. Estos últimos se alinean, como filas de soldados, á lo largo de las zanjias, y producen un fragor de selva virgen, cuando el viento impetuoso levanta y sacude sus anchas y sonantes hojas, semejantes á vastas orejas de elefante.

Los indios hortelanos, descalzos y con los calzones arremangados, cuidan los almácigos, podan los árboles, preparan acodos é ingertos, levantan y apuntalan las ramas demasiado cargadas de fruto y co-

sechan los maduros que asoman entre las hojas de los frutales. Yo los acompaño en todas esas faenas, sintiéndome dichosa en medio de aquella naturaleza risueña y pródiga; y echando mano de las cestas de carrizo donde se va guardando la cosecha, me apodero de los duraznos más blancos, de las peras más maduras, de las manzanas más perfumadas y de las naranjas más frescas y jugosas. Y regalo el paladar con aquellos manjares exquisitos, con la simplicidad y la alegría con que solía hacerlo cuando vivía mi padre, y aun conservábamos la quinta de la Virgen á orillas del Duero. ¿Te acuerdas cuánto me encantaba desde entonces la naturaleza? Pues esa afición se ha venido acentuando en mí, á medida que han pasado los años, y ahora es tan poderosa que me subyuga. La verdad es que más me agrada una arboleda que un caserío, y el campo con sus selvas y riscos, que la ciudad con sus templos y palacios. Y te confieso que, si no fuese ridículo, me convertiría en una pastora Marcela, me internaría por las serranías y treparía por las peñas para vivir en constante comunicación con el espacio, con la luz, con el viento, con el campo, con toda la obra de Dios, que es tan hermosa, cuanto piadosa y buena.

Siempre que vamos á Celaya, pasamos el día bajo los árboles. Por fortuna, tanto

el enfermo como mis bondadosos bienhechores, son afectos también á esas mismas cosas; de suerte que nos entendemos á maravilla. Poco á poco he ido ganando desembarazo y osadía en medio de esta sencilla familia. Ahora ya tengo libertad para moverme; voy á la cocina á preparar mis platos favoritos, y arreglo la mesa poniendo flores en el mantel y colocando en el frutero la pirámide de la fruta; y tengo tan buena suerte, que don Javier, doña Tula y hasta Gabriel, todo lo llevan á bien y me lo celebran.

En Celaya hago de las mías con las enormes ollas de leche que salen de los establos. Ese día se disminuye la venta del artículo, que suele hacerse á la puerta de la casa, y me apodero en especie de la mercancía, para hacer mil combinaciones y experimentos. Cuajo la leche unas veces al natural y otras cocida, y les sirvo á mis comensales grandes platos de ese manjar fresco y sabroso; ó bien la dejo agriar, y quitándole el suero y la parte ácida, la bato y le pongo sal, convirtiéndola en una crema suave y untuosa; ó bien, después de cortada, la dejo endurecer y la pongo á colar gota á gota en cestos de mimbre, para hacer quesos blancos y tiernos que forman nuestras delicias.

Estos trabajos y empresas ponen en movimiento á todo el grupo. El doctor

trasporta las ollas pesadas, porque es muy fuerte, y mide la leche con la vasija de hojalata; doña Tula mezcla el cuajo con la leche y pone sal á los quesos; Gabriel espolvorea el azúcar y la canela sobre la cuajada; y yo bato la leche con el molinillo para preparar el jocoque, ó la oprimo y amaso con las manos para hacer el queso. Y todo se vuelve alboroto, risas, carreras y júbilo entre nosotros, con motivo de estas fiestas rústicas.

De esta manera, sin violencia y sin haberme propuesto siquiera agradar á mis bienhechores, he logrado tenerlos contentos, con sólo dar rienda suelta á mis aficiones, y conducirme con sencillez. Casi aldeana me he criado, y no conozco las exquisiteces y finezas de los salones. Soy como las aves, que viven de cielo, sol y campo, y he sentido ensanchárase el corazón, cuando he visto que mis bienhechores participan de mis gustos.

Pero noto que mi carta va tomando proporciones extraordinarias, y que no te digo nada que valga la pena. Concluyo, pues, aquí, querida prima, prometiéndote dejarte descansar por algún tiempo. No volveré á molestarte con mis letras hasta que haya algo notable que poner en tu conocimiento.

## III

De carrera te pongo estas líneas para comunicarte un suceso importante que se anuncia en la familia. Ayer, inesperadamente, recibió don Javier un mensaje de Teodoro fechado en Nueva York, en el cual le noticia su próxima salida para México. Mis bienhechores creían á su hijo en la Habana, y aun aguardaban que volviese al país por Veracruz; así que han quedado sorprendidos con la nueva.

Según los cálculos del doctor, no tardará Teodoro más que una semana en llegar; de suerte que tenemos que andar muy vivas si hemos de dejar lista la casa para recibirle. Doña Tula ha mandado asear todos los cuartos, desde la sala hasta la cocina, limpiar los suelos, sacudir las paredes, poner fundas limpias á los muebles y hacer una nueva distribución de todo el moviliario. Como soy afecta á trajar y cuento ya en la casa como persona de confianza, he conseguido que doña Tula me deje trabajar á mis anchas, y desempeñarla en todo lo posible; de manera que ella es la cabeza que dirige y yo el brazo que ejecuta. Y como las dos somos emprendedoras y afectas á novedades, hemos volteado la casa de abajo arriba, so pretexto de arreglarla, y esta-